

VISITA A LADY ESTER STANHOPE.

Lady Ester Stanhope, sobrina del célebre ministro M. Pitt, despues de la muerte de su tio, dejó la Inglaterra y recorrió la Europa. Joven, hermosa y rica, en todas partes fué recibida con el agasajo y el interes que debian merecerle su clase, su caudal, su talento y su hermosura; pero siempre se negó á unir su suerte á la de sus mas dignos admiradores, y despues de haber pasado algunos años en las principales capitales de Europa, se embarcó con una numerosa comitiva para Constantinopla. Nunca se ha sabido el motivo de aquella espatriacion; unos la han atribuido á la muerte de un joven general inglés, muerto por entonces en España, y que un eterno dolor debia conservar siempre presente en el corazon de lady Ester; otros á una simple aficion á aventuras que el carácter animoso y emprendedor de aquella joven hacia probable en ella. Como quiera que sea, púsose en camino, pasó algunos años en Constantinopla y se embarcó en fin para la Siria en un buque ingles que llevaba tambien la mayor parte de sus tesoros, y valores inmensos en alhajas y regalos de toda especie.

Asaltó al buque una tempestad en el golfo de Macri, en la costa de Caramania, enfrente de la is-

la de Rodas, y fué á estrellarse en un arrecife á pocas millas de la playa. El buque se hizo pedazos y los tesoros de lady Stanhope fueron á fondo; ella se salvó de la muerte á duras penas, y fué llevada en una tabla á una islita desierta, donde pasó veinticuatro horas sin alimentos ni socorros, hasta que al fin unos pescadores de Marmoriza, que buscaban los despojos del naufragio, la descubrieron y la llevaron á Rodas, donde se hizo reconocer por el cónsul inglés. No entibió su resolucion aquel fatal suceso; volvióse á Inglaterra pasando por Malta, reunió los restos de su hacienda, vendió una parte de sus bienes, cargó un segundo buque de riquezas y de regalos para las regiones que se proponia recorrer, y se dió á la vela. Despues de una feliz travesía, desembarcó en Latakié, la antigua Laodicea, en la costa de Siria, entre Trípole y Alejandreta: establecióse en las cercanías, aprendió el árabe, se rodeó de todas las personas que podian facilitarle relaciones con las diferentes poblaciones árabes, drusas y maronitas del pais, y se preparó como yo, á hacer viages y descubrimientos en las partes ménos accesibles de la Arabia, de la Mesopotamia y del desierto.

Luego que se familiarizó bien con la lengua, el traje, las costumbres y los usos de los paises, organizó una numerosa caravana, cargó algunos camellos de ricos regalos para los árabes, y recorrió todas las partes de la Siria. Residió en Jerusa-

len, en Damasco, en Alepo, en Koms, en Balbek y en Palmira; hallándose en esta última residencia fué cuando las numerosas tribus de árabes errantes que le habian facilitado la entrada en aquellas ruinas, reunidas en número de cuarenta ó cincuenta mil personas, y prendadas de su hermosura, de su gracia y de su magnificencia, la proclamaron reina de Palmira, y le espidieron cédulas en virtud de las cuales todo europeo protegido por ella, podría visitar con toda seguridad el desierto y las ruinas de Balbeck y Palmira, con tal que se obligase á pagar un tributo de mil piastras. Este trato ecsiste todavía, y los árabes le cumplirían fielmente si se les diesen pruebas positivas de la proteccion de lady Stanhope.

Sin embargo, á su vuelta de Palmira, estuvo á punto de ser robada por una numerosa tribu de árabes, enemigos de los de Palmira. Avisóselo á tiempo uno de los suyos, y debió su salvacion y la de su caravana á una marcha forzada de noche, y á la velocidad de sus caballos, que anduvieron un espacio increíble por el desierto en veinticuatro horas. Volvió entónces á Damasco, donde residió algunos meses bajo la proteccion del bajá turco, á quien la Puerta la habia recomendado con empeño

Despues de una vida errante por todas las provincias del Oriente, lady Ester Stanhope se fijó por fin en una soledad casi inaccesible, en la cima de

una de las montañas del Líbano, cercana á Saide, la antigua Sidon. El bajá de San Juan de Acre, Abdala-Bajá, que le profesaba el mayor respeto y un afecto ilimitado, le concedió los restos de un convento y la aldea de Djioun, poblada por Drusos: lady Ester hizo construir varias casas rodeadas de una muralla, por el estilo de nuestras fortificaciones de la edad media, formó artificialmente un delicioso jardín al uso de los turcos, —jardin lleno de flores y de frutas, de emparrados y de kioskos enriquecidos con esculturas y pinturas arabescas, —aguas corrientes en targeas de mármol, surtidores de agua viva en medio de los kioskos, —bóvedas de naranjos de higueras y de limoneros. Allí vivió lady Stanhope algunos años con un lujo enteramente oriental, rodeada de gran número de dragomanes europeos ó árabes, de un numeroso séquito de mugeres, de esclavos negros, y en relaciones de amistad y aun de política con la Puerta, con Abdala-Bajá, con el emir Beschir, soberano del Líbano, y sobre todo, con los jeques árabes de los desiertos de Siria y de Bagdad.

Pronto su caudal, considerable todavía, disminuyó de resultas del trastorno de sus negocios ocasionado por su ausencia, y se halló reducida á seis ó siete mil duros de renta que todavía bastan en este pais para el tren de vida que lady Stanhope tiene precision de conservar. Con el tiempo las personas que la vinieron acompañando de Euro-

pa, murieron ó se ausentaron; la amistad de los árabes, que es preciso estar siempre fomentando con regalos, se entibió; las relaciones se hicieron ménos frecuentes, y lady Ester cayó en el completo aislamiento en que yo la encontré;—pero entónces cabalmente fué cuando mas manifestó el héroe temple de su carácter, toda la energía, toda la constancia de resolución de aquella alma. No pensó en volverse atrás; no dió una sola lágrima al mundo ni á lo pasado; no flaqueó bajo el abandono, bajo el infortunio, bajo la perspectiva de la vejez y del olvido de los vivos; quedóse sola donde todavía está, sin libros, sin periódicos, sin cartas de Europa, sin amigos, hasta sin criados, rodeada solo de algunas negras y de algunos niños esclavos negros, y de cierto número de labradores árabes para cuidar su huerto, sus caballos, y atender á su seguridad personal. Se cree generalmente en el país, y mis relaciones con ella me mueven á mí también á creer, que halla la fuerza sobrenatural de su alma y de su resolución, no solo en su carácter, mas también en la exaltación de sus ideas religiosas, en las que el iluminismo de Europa se halla confundido con algunas creencias orientales, y sobre todo, con las maravillas de la astrología. Sea como quiera, lady Stanhope es un gran nombre en Oriente, y un grande asombro para Europa (1).

(1) Hace algunos años que los periódicos ingleses y franceses han anunciado la muerte de esta muger extraordinaria.
—N. del T.

Hallándome tan cerca de ella, deseaba verla, su pensamiento de soledad y meditacion tenia tanta simpatía aparente con mis propios pensamientos, que quise averiguar qué puntos de contacto habia tal vez entre nosotros; pero nada es mas difícil para un europeo, que ser admitido á su presencia, pues se niega á toda comunicacion con los viajeros ingleses, con las mugeres y hasta con los individuos de su familia. Poca esperanza tenia yo, pues, de serle presentado, y no llevaba ademas para ella ninguna carta de recomendacion; pero sabiendo que conservaba algunas relaciones con los árabes de la Palestina y de la Mesopotamia, y que una recomendacion de su puño cerca de aquellas tribus, podria serme de suma utilidad en mis futuras correrías, tomé el partido de enviarle un árabe portador de esta carta:

“Milady:

“Viajero como vd., extranjero como vd. en el Oriente, adonde como vd., solo vengo á buscar el espectáculo de su naturaleza, de sus ruinas y de las obras de Dios, acabo de llegar á Siria con mi familia, y contare en el número de los dias mas interesantes de mi viage, el dia en que conozca á una muger que es una de las maravillas de este Oriente que vengo á visitar.

“Si tiene vd. la bondad de recibirme, sírvase

hacerme saber el dia que mas le convenga, y decirme si debo ir solo, ó si puedo llevarle à vd. algunos de mis amigos que me acompañan, y que no apreciarian ménos que yo el honor de serle á vd. presentados.

“Deseo, milady, que esta súplica no fuerce en nada, su cortesía de vd. á concederme lo que pueda repugnar á sus hábitos de retiro absoluto. Comprendo harto bien el precio de la libertad y el encanto de la soledad, para no comprender su negativa de vd. y para no respetarla.

“Quedo de vd., &c.”

No aguardé mucho tiempo la respuesta; el 30 á las tres de la tarde, el caballero de lady Stanhope, que es al mismo tiempo su médico, llegó á mi casa con órden de acompañarme á Djioun, residencia de aquella muger extraordinaria.

A las cuatro de la tarde nos pusimos en camino; yo, el doctor Leonardi, M. de Parseval, un criado y un guía, todos á caballo. Atravesé á media hora de Berut, un bosque de pinos magníficos, plantados por el emir Fakardin sobre un alto promontorio, cuya vista se estiende á la derecha sobre el tempestuoso mar de Siria, ~~y á la izquierda, sobre el~~ magnífico valle del Líbano, — punto de vista admirable, donde las riquezas de la vegetacion á el occidente, la vid, la higuera, la morera, el álamo piramidal; se unen à algunas enhiestas columnas de

palmeras del Oriente, cuyas anchas hojas hacia ondear el viento como un penacho sobre el fondo azul del firmamento. A pocos pasos de allí, se entra en una especie de desierto de arena roja acumulada en enormes y movibles olas como las del océano. — Hacia una tarde de recia brisa, y el viento las surcaba, las encrespaba, las revolvia como encrespa y revuelve las olas del mar. — Aquel espectáculo era nuevo y triste como una aparicion del verdadero y vasto desierto que pronto iba yo á recorrer. — Ninguna huella de hombres ni de animales subsistia sobre aquella ondulosa arena; solo nos guiábamos por el rugido de las olas, á un lado y al otro por las transparentes cumbres del Líbano. — Pronto hallamos una especie de camino ó sendero sembrado de enormes peñones angulares. — Aquel camino, que sigue el mar hasta Egipto, nos condujo hasta una casa ruinada, resto de una antigua torre fortificada, donde pasamos las sombrías horas de la noche, tendidos sobre una estera y embozados en nuestras capas. — Apenas salió la luna, volvimos á montar á caballo. — Hacia una de aquellas noches en que el cielo está todo cubierto de estrellas, en que parece que la mas perfecta serenidad reina en aquellas profundidades etéreas que contemplamos desde esta tan baja hondura; pero donde la naturaleza al rededor nuestro parece que gime y se retuerce en sinietras convulsiones. — El desolado aspecto de la costa contribuia á agravar, hacia algunas leguas, es-

ta penosa impresion.—Habiamos dejado á nuestra espalda, con el crepúsculo, las hermosas laderas sombreadas, los verdes valles del Líbano.—Asperas colinas, sembradas de arriba á bajo de piedras negras, blancas y grises, reliquias de antiguos terremotos, se alzaban al lado de nosotros; á nuestra izquierda y á nuestra derecha, el mar agitado desde por la mañana por una sorda tempestad, desarrollaba sus ponderosas y amenazantes olas, que veíamos venir de lejos por la sombra que proyectaban delante de ellas, que azotaban luego la ribera, lanzando cada cual su trueno, y prolongaban en fin su ancha é hirviente espuma hasta el lindero de húmeda arena por donde caminábamos, inundando cada vez los cascotes de nuestros caballos y amenazando arrastrarnos consigo;—una luna, tan brillante como un sol de invierno, derramaba bastantes rayos de luz sobre el mar para descubrirnos su furor, y no suficiente claridad sobre el suelo que pisábamos para tranquilizar la vista en punto á los riesgos del camino.—Pronto el resplandor de un incendio se mezcló sobre la cima de las montañas del Líbano con las brumas blancas ó sombrías de la mañana, y derramó sobre toda aquella escena una tinta falsa y cenicienta, que no es ni el día ni la noche, que no tiene ni el brillo del uno ni la serenidad de la otra; hora triste á la vista y al pensamiento, lucha de dos principios contrarios de que la naturaleza suele ofrecer

el doloroso espectáculo, y que con mas frecuencia hallamos en nuestro propio corazón.

A las siete de la mañana, con un sol abrasador, saliamos de Saide, la antigua Sidon, que se avanza sobre las olas como un glorioso recuerdo de una dominacion pasada, y trepábamos unos cerros calizos, desnudos, desgarrados, que, alzándose de piso en piso, nos llevaban á la soledad, que en vano buscábamos con los ojos. A cada cerro que subíamos, descubriamos otro mas alto que era preciso torcer ó subir; las montañas se encadenaban con las montañas, como los eslabones de una cadena, no dejando entre sí mas que profundas barrancas sin agua, blanqueadas, sembradas de peñones grises. Esas montañas están completamente despojadas de vegetacion y de tierras: son esqueletos de colinas que las aguas y los vientos han roído hace muchos siglos.—No me esperaba yo ciertamente hallar allí la morada de una muger que ha visitado el mundo, y que ha podido escoger su retiro en todo el universo.—En fin, desde lo alto de uno de aquellos pelados riscos tendí la vista sobre un valle mas profundo, mas ancho, limitado por todos lados por montañas mas magestuosas, pero no ménos estériles. En medio de aquel valle, como la base de una ancha torre, nacia la montaña de Djioun, y se redondeaba en bancos de rocas circulares que, adelgazándose á medida que se

acercaban á sus cimas, formaban en fin, un llano de algunos centenares de toesas de anchura, y se coronaban de una graciosa y verde vegetacion.— Una tapia blanca, flanqueada de un kiosko en uno de sus ángulos, rodeaba aquella masa de verdura.— Aquella era la morada de lady Ester: á las doce del dia llegamos á ella. La casa no es lo que se llama así en Europa,—no es siquiera lo que se llama casa en Oriente; es una estraña y confusa reunion de diez ó doce casitas; cada una de las cuales no contiene mas que una ó dos piezas en el piso bajo, sin ventanas, y separadas unas de otras por pequeños patios ó jardines, conjunto en un todo semejante al aspecto de esos pobres conventos que se hallan en Italia ó en España, sobre las altas montañas y pertenecen á órdenes mendicantes.— Segun su costumbre, lady Stanhope no se dejaba ver ántes de las tres ó las cuatro de la tarde, por lo que, para esperarla, nos llevaron á cada uno, á una especie de celda estrecha, sin luz y sin muebles. Sirviéronnos de almorzar, y nos tendimos sobre un divan aguardando á que se despertase la invisible señora de aquella romántica morada.— Quedéme dormido, y á las tres entraron á despertarme para anunciarme que ~~me esperaba milady.~~ atravesé un patio, un jardin, un bellissimo kiosko, luego dos ó tres corredores oscuros, y fuí introducido por un negrilla de seis á ocho años en el gabinete de lady Ester.—Reinaba en él una oscuri-

dad tan profunda, que apénas pude distinguir las facciones nobles, graves, dulces y magestuosas de la blanca figura que, en trage oriental, se levantó del divan y se adelantó alargándome la mano. Lady Ester parece tener unos cincuenta años; sus facciones son de aquellas que los años no pueden alterar; la frescura, los colores, la gracia se van con la juventud, pero cuando la belleza reside en la forma misma, en la pureza de las líneas, en la dignidad, en la magestad, en el pensamiento de un semblante de hombre ó de muger, la belleza cambia en las diferentes épocas de la vida, pero no pasa.—Tal es la de lady Stanhope.—Llevaba en la cabeza un turbante blanco, en la frente una venda ó tira de lana de color de púrpura que le caía por ambas sienes sobre los hombros. Un largo chal amarillo de Cachemira, un inmenso ropage turco de seda blanca, con mangas bobas, rodeaban toda su persona en sencillos y magestuosos pliegues, y solamente se veía en la abertura que dejaba aquella primera túnica sobre su pecho, un segundo vestido de tejido de lana de Persia, floreado, que subia hasta el cuello, prendido con un broche de perlas. Unos borceguies turcos de taflete amarillo bordado de seda, completaban aquel hermoso trage oriental que ella manejaba con la soltura y la gracia de una persona que nunca ha usado otro desde su juventud.

—De muy léjos ha venido vd. para ver á una ermitaña, me dijo; sea vd. bien venido; recibo pocos estrangeros, uno ó dos todo lo mas al año; pero su carta de vd. me ha gustado, y he deseado conocer á una persona que ama, como yo, á Dios, la naturaleza y la soledad. Una secreta voz me decia ademas que nuestras estrellas son amigas, y que nos convendriamos mútuamente: veo con placer que mi presentimiento no me ha engañado, y sus facciones de vd., el solo ruido de sus pisadas miéntras atravesaba vd. ese corredor, me han hecho conocerle á vd. lo bastante para que no me arrepienta de haber querido verle.—Sentémonos y hablemos.—Ya somos amigos.—¿Cómo, le dije, milady, honra vd. tan pronto con el título de amigo á un hombre cuyo nombre y cuya vida le son completamente desconocidos? vd. ignora quien soy yo.—Es verdad, repuso; no sé ni lo que vd. es segun el mundo, ni lo que ha hecho miéntras ha vivido entre los hombres; pero sé ya lo que es vd. delante de Dios. No me tome vd. por una loca, como me llama muchas veces el mundo; pero no puedo resistir á la necesidad de hablarle á vd. con el corazon en la mano. Hay una ciencia, perdida hoy en Europa, ciencia que nació en Oriente, donde nunca ha perecido y donde todavía vive.—Yo la poseo.—Yo leo en los astros.—Todos somos hijos de alguna de esas luminarias que presidieron á

nuestro nacimiento, y cuya feliz ó maligna influencia está escrita en nuestros ojos, en nuestras frentes, en todas nuestras facciones, en los lineamientos de nuestra mano, en la forma de nuestro pié, en nuestros ademanes, en nuestro porte; no hace mas que un minuto que le estoy viendo á vd., y sin embargo, le conozco como si hubiéramos vivido juntos un siglo.—¿Quiere vd. que le revele á sí mismo?—¿Quiere vd. qué le prediga su destino?—Guárdese vd. de hacerlo, milady, le respondí sonriendo; no niego lo que ignoro; no aseguraré que en la naturaleza visible é invisible en que todo se enlaza, todo se encadena, séres de un orden inferior, como el hombre, no están bajo la influencia de séres superiores, como los astros ó los angeles; pero no tengo necesidad de su revelacion para conocerme á mí mismo,—corrupcion, debilidad, miseria!—Y en cuanto á los arcanos de mi destino futuro, temeria profanar á la Divinidad, que me los oculta, si se los preguntase á la criatura.—En punto á porvenir, no creo mas que en Dios, en la libertad y en la virtud.

No importa, me dijo, crea vd. lo que quiera; yo en cuanto á mí veo evidentemente que vd. ha nacido bajo la influencia de tres estrellas prósperas, poderosas y buenas que le han dotado de cualidades enteramente análogas, y le conducen á un fin que yo podria, si quisiera, indicar á vd. hoy mis-